





Título de la obra:
Frente a la obra de Salvador Arango

Autor:
David Londoño Mesa

Técnica / Año:
Acrílico / 2015



* LUIS FERNANDO
FERNÁNDEZ OCHOA
luis.fernandez@upb.edu.co

LA CENTRALIDAD DE LA PERSONA HUMANA EN LA MISIÓN EDUCATIVA



.....
* *Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Miembro del grupo de investigación Epimeleia y de la Asociación Española de Personalismo.*

Resumen

En un momento en el que la sociedad del rendimiento impone su lógica a todo lo que toca, presentamos una reflexión sobre el ser y el quehacer del maestro y de las instituciones educativas de la Iglesia católica, como una invitación a mantener viva la convicción de que la persona humana debe ser el centro de la misión educativa y a ofrecer una formación con sabor a Evangelio.

Palabras clave:

Persona, maestro, Evangelio, cercanía.



En uno de los frontispicios de la Universidad de Harvard hay una inscripción en la que se puede leer: “¿Qué es el hombre para que así lo cuides?”. Por supuesto, estas son palabras del Salmo 8, puestas allí para recordar que una institución educativa tiene como misión primordial el cuidado del hombre, un cuidado del que no debe desentenderse por ningún motivo, aunque parece que no resulte tan fácil hacerlo en las actuales circunstancias.

Siendo arzobispo de Buenos Aires el cardenal Bergoglio fue invitado a dictar una conferencia en la Asociación Cristiana de Empresarios, en la que les habló de “educar en la cultura del encuentro” y les advirtió que no se comprende una institución educativa “sin poner en el centro al ser humano. Y esto viene a cuento cuando estructuras, currículum, programas, contenidos, evaluación y modos de gestión, luchan por acaparar el primer plano” (Bergolio, 2013, p. 72). Una idea en la que insistió en un curso para rectores, en el que afirmó que el camino pedagógico puede desvirtuarse “por la aplicación indiscreta de modelos importados o de solas técnicas” (Bergolio, 2013, p. 83).

Pero no solo la gestión curricular dificulta la realización de la tarea educativa, sino también el hecho de que la educación se ha ido tornando cada vez más pragmática y proclive a las solicitudes del sector productivo, tanto que, como dice el profesor de la UNED, Juan García Gutiérrez: “el conocimiento se ha convertido en un producto más del mercado, algo que tiene su reflejo en los catálogos de titulaciones y planes de estudio actuales, convertidos en conjuntos flexibles de competencias y resultados de aprendizaje atentos a las demandas de los mercados laborales” (García-Gutiérrez, 2015, p. 73).

Por supuesto, las entidades deben velar por su sostenimiento en el tiempo y, además, por motivos de justicia social, garantizar a sus empleados una remuneración digna y pagada a tiempo, de tal modo que esté a salvo “la seguridad de la persona del trabajador y de su familia” (Juan Pablo II, *Laborens excercens*, n. 8). El inconveniente es que la excesiva preocupación por las cifras puede terminar desplazando la misión formativa que, en el caso de las instituciones educativas de la Iglesia se traduce en anuncio de la Buena Noticia.

El profesor debe ser un maestro. Debe tener mucho de padre y de madre. Desde luego, puede y debe enseñar, debe entregar un contenido de calidad y, al mismo tiempo, debe forjar personas, y para hacerlo es preciso que acuda a la *pedagogía de la cercanía*, de forma que, cercano y disponible, pueda *escuchar y orientar* a sus estudiantes.

Podríamos decir que el maestro está llamado a ser un *buen pastor* que, mediante la escucha, sea apoyo para quienes le han sido confiados y tantas veces tienen que caminar por valles

sombríos y para que, a través de sus consejos, los conduzca hacia verdes prados en los que puedan beber en las aguas tranquilas de orientaciones transparentes.

En un mundo en el que tantas personas están solas y no tienen ni en quién confiar ni cuentan con alguien que les ofrezca criterios seguros para que puedan vivir bien, uno de los mayores servicios que puede prestar un maestro es la escucha. Escuchar es valorar al otro, tenderle la mano, iluminarlo. Pero esa es una labor que requiere tiempo y preparación, por eso a los maestros se les debe preparar para escuchar y orientar, es decir, para eso que el papa Francisco ha denominado “cultura del encuentro”.

El encuentro es posible cuando hay confianza y nos sentimos atendidos. Pero en un mundo que vive de prisa y en el que las personas están demasiado ocupadas no es fácil que eso suceda. Por eso es necesario sosegarlos para dedicarle tiempo al estudiante que lo requiera, y es preciso también aprender a mirarlo y a escucharlo con atención (Esquirol, 2006, pp. 57-59), dos movimientos a los que no estamos acostumbrados, motivo por el cual recomienda Camus que debemos “aprender de nuevo a ver” (Camus, 2006, p.44), y más que a ver, a vernos, a reconocernos, aprender a concentrarnos en lo que nos dice el otro y a oírlo con atención.

Escuchar al otro con atención es la mejor expresión de respeto. Etimológicamente respeto proviene del latín *respicere*, que significa mirar atentamente. Para los romanos el *respectus*, o sea el respeto, comenzaba por el *respicio*, la escucha atenta, que se acentuaba con el *spectare*, esto es, mirando al que hablaba.

No basta acercarse, se debe mirar bien porque, de lo contrario, no se verá nada. Mirar bien es ocuparse de alguien o de algo, es querer ver, *querer comprender*. Por eso sería tan importante que las instituciones educativas formaran a sus profesores para que aprendieran a ver, que los sensibilizaran para que quisieran ver, para que aprendieran a leer los rostros de sus estudiantes, a descifrar en ellos sus angustias, temores y preocupaciones, y luego a practicar el arte de la mayéutica, ese preguntar que siembra inquietudes que se dejan madurar para que, finalmente, se resuelvan en confidencias.

El que escucha debería conmoverse y compadecerse para luego ungir, curar, sanar y levantar. San Benito comienza el prólogo de su regla monástica de este modo: “Escucha, hijo, la enseñanza del maestro y aplica el oído de tu corazón. Acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica” (San Benito, 2022). El verbo latino que utiliza para decir escucha es *obsulta*, que significa también ausculta, examina, explora, observa, reconoce. En el número 1 del prólogo aparecen dos palabras clave: *escuchar* y *acoger*, como si fuera poco, dice cómo se debe hacer aquello: aplicando el oído del corazón.

¿Y escuchar para qué? Para que la persona tenga la oportunidad de compartir sus

“
Escucha,
hijo,
la
enseñanza
del maestro
y aplica
el oído
de tu
corazón.”

perplejidades y sufrimientos, para orientar y para educar. Recordemos que los romanos entendían la labor educativa de dos formas distintas pero complementarias, o bien como *educare* que significaba criar, nutrir y dotar, o bien como *educere* o *exducere*, extraer, traer de dentro hacia afuera, sacar. Como puede verse, para ellos la educación era un trabajo que implicaba una doble labor: la de entregar ejemplo y conocimientos y la de hacer dar a luz lo mejor del discente.

Por todo lo anterior, no se comprende una sociedad sin maestros y mucho menos sin poner en el centro a la persona humana. Pero ¿para qué educar? La respuesta podría ser muy amplia, pero no basta educar para transmitir saberes, ni capacitar para el trabajo; hoy más que nunca se deben entregar criterios para que las personas aprendan a vivir, a convivir y a trascender.

Viktor Frankl, cuando analiza la neurosis sociógena, que es el vacío existencial, distingue entre las *metas* que alguien se traza y la *motivación de fondo* por la cual vive (Frankl, 2018, p. 71). Las metas son los objetivos: hacer una carrera, conseguir un buen trabajo, ser reconocido, casarse y tener hijos, comprar una casa, adquirir un vehículo, viajar, etc. La motivación de fondo, por su parte, es el móvil de la vida, ese “algo” de lo

cual y para lo cual se vive. Sin móvil existencial nada será satisfactorio y aparecerá el complejo de futilidad, en cambio, cuando se cuenta con un motivo la existencia queda impregnada de significado y orientación.

Pues bien, educar debería ser, primordialmente, ayudarle al estudiante a descubrir el motivo por el cual vive, y por ello, hacerle comprender que los tres modos privilegiados para descubrir el sentido de la vida son: *amar, servir y sufrir* (Frankl, 1994, p. 109), este último porque las situaciones límite posibilitan redefiniciones y encuentros con uno mismo, con los otros y con Dios.

Cuando Paul Ricoeur cumplió noventa años, el diario católico La Croix le hizo un reportaje el 26 de febrero de 2003, en el que se refirió a lo que Frankl denomina motivación, pero lo llamó “convicción”. Según dijo, el cometido primero de la educación debería ser la entrega de convicciones, porque cuando se cuenta con ellas hasta el más doloroso de los fracasos deja de ser derrota para convertirse en experiencia enriquecedora, lo que hace que las convicciones sean el horizonte de la vida personal.

Para que el estudiante se acerque y abra su corazón será necesario que el maestro le parezca digno de confianza, y lo será si reconoce en él una persona investida de *autoridad*, es decir, autorizada por la congruencia de su vida. En el Derecho romano estaban bien tipificadas tres formas de poder: *potestas, imperium* y *auctoritas*. *Potestas* era el poder de actuación que un magistrado tenía para tomar decisiones y actuar en el terreno civil en virtud de haber sido elegido para ello. El *imperium* era la capacidad de dirigir las fuerzas militares, y la *auctoritas* era el poder que tenían algunos en virtud de su

buen nombre, saber, experiencia y prudencia. Mientras la *potestas* era una forma de dominio a la que le podía acompañar la coacción, la *auctoritas* consistía en nutrir y hacer crecer, como lo revela la etimología de la palabra.

Se nutre y se hace crecer cuando se invita a levantar la mirada hacia el horizonte, cuando se impulsa a la persona a “descifrar la ruta de su deber, partiendo de su propio ser” (Frankl, 2021, p. 119), es decir, a buscar y a hacer realidad eso que se siente que debe llegar a ser, y también cuando hace que la persona descubra la noción de *límite*, que se dé cuenta que hay fronteras que no se deben traspasar, que no todo lo posible es conveniente y no todo es negociable.

Nutrir y hacer crecer es enseñar a pensar, a reflexionar, a revisar críticamente, a poner a contraluz, a sospechar, a desenmascarar, pero también a soñar, a proyectar, a comprometerse, a esforzarse, a luchar, a sacrificarse y a comprometerse; es motivar a servir y a compartir con generosidad, a decir sí cuando sea sí y no cuando deba ser no; enseñar a entregarse, a dar y a darse y también a recibir; a agradecer y a respetar, y nada mejor para ello que ser un referente.

El maestro debe ser un referente, un modelo. Lo que dice y lo que hace debe ser inspirador para sus estudiantes. A esa influencia Rebeca Recio la denomina “modelado”, en cuanto “la conducta de un sujeto actúa como estímulo para generar conductas, pensamientos o actitudes semejantes, en otras personas que observan su actuación” (Recio, 2022). Puede ser tan fuerte esa influencia que incluso puede darse una transmisión no intencional de actitudes tanto positivas como negativas.

Julián Marías se ocupó de este tema en *Breve tratado de la ilusión*, en el que sostiene que el maestro tiene que enseñar algo y los estudiantes aprenderlo, y que el proceso de aprendizaje funciona mejor si sienten ilusión por su maestro, si para ellos no es solo un profesor o un docente. Pero para que sea de este modo es preciso que perciban que él, a su vez, siente ilusión por sus estudiantes y por su labor formativa. Por eso, cuando la docencia se convierte en una “profesión” como otra cualquiera, sin particular vocación, se degenera. Por consiguiente, para que la docencia sea lo que debe ser es menester que sea inscrita en la condición amorosa de la vida humana (Marías, 1985, pp. 94-97), de forma tal que todo lo que se haga tenga el sello de lo que se ama.

En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco indica que son necesarios “docentes con alma”, maestros que se reconozcan como marcados a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar y liberar (Francisco. Constitución Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 273). Maestros que se entreguen a fondo y con constancia; que se apasionen con lo que hacen y se sientan a gusto entre sus estudiantes; que estén disponibles y los atiendan con actitud bondadosa; que escuchen con interés sus inquietudes ; que sepan corregir y enseñar “con dulzura y respeto” (1 Pe 3, 16); y que no se cansen de hacer el bien (Gal 6, 9).

Una planta profesoral con semejantes características requiere un riguroso proceso de selección y una formación constante con sabor a Evangelio, de lo contrario, las instituciones educativas se irán llenando de “especialistas sin alma y vividores sin corazón” que echan a perder todo lo que tocan, en palabras de Max Weber.



Kahlil Gibran, en *El profeta*, escribe que un maestro no puede hacer entrar a sus estudiantes a la casa de la sabiduría, pero sí puede conducirlos hasta el umbral e invitarlos a entrar; puede hacerles comprender que solo serán buenos cuando se esfuercen por ser ellos mismos; invitarlos a hacer de su vida diaria un recinto vivo en el que puedan encontrarse con Dios y elevar la plegaria que surge de su existencia cotidiana; puede exhortarlos a volar tan alto como sus esperanzas; a experimentar la belleza de un corazón ardiente y un alma encantada; a entonar un canto de libertad; a darse a sí mismos; a no retroceder cuando vacilen y tambaleen, sino a continuar hasta la meta; a no haraganear ni ser indolentes (Gibran, 2020).

El Pacto Educativo Global aspira a que la educación acontezca en una atmósfera de “cultura del encuentro”, en la que el arte de educar no esté licuado y a resguardo de cualquier convicción en favor del pluralismo, sino que constituya una apuesta decidida por los

trascendentales del ser, lo bueno, lo verdadero y lo bello, en lugar de seguirse empequeñeciendo en la mera graduación de profesionales que saben pero tienen un corazón raquítico que siente poco; requiere que la educación tenga como propósito primordial la formación armónica de mentes y corazones, para que sea posible la plena realización de la persona y la sana convivencia social.

Robert Spaemann, profesor en las universidades de Múnich, Stuttgart y Heidelberg, puntualiza que la educación católica está llamada a innovar, lo que significa que debe renovar, crear, soñar, imaginar y también conservar (Spaeman, 2008, p. 94). Está muy bien que busquemos la innovación tecnológica y social, pero hemos de procurar que el acto creativo se enfoque también en el propio ser para que sea posible una vida lograda (Llano, 2014). Para ello, la universidad católica debe ofrecer una formación humana y cristiana que permita al estudiante construir su propio proyecto de vida y concebir su profesión como un servicio a la sociedad.

El horizonte formativo de las instituciones educativas de la Iglesia católica y en particular de sus universidades ha de ser el humanismo cristiano, en el que se promueva la permanente afirmación y construcción de la persona humana a la luz del Evangelio y se ofrezca sin temor ni disimulos la posibilidad de encontrarse personalmente con Jesucristo, a quien se debe presentar como Salvador de los hombres.

Conviene que el plan de estudios se ocupe de la pregunta por el hombre; de la cuestión estética, como propedéutica del problema ético, en sus dimensiones personal, social, política y medioambiental; y, por supuesto, que se haga el anuncio de la Buena Noticia, puesto que en una universidad católica la formación ha de incluir necesariamente una presentación atractiva, intelectual y existencial del *kerigma*, de “la siempre nueva y fascinante buena noticia del Evangelio de Jesús” (Francisco, Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, n. 4, literal a).

Pero no ha de bastar el anuncio, es bueno que también se ofrezca a la comunidad universitaria la posibilidad del encuentro personal con Jesucristo (Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 3) en la celebración diaria de la Eucaristía, la celebración de diversos sacramentos, la lectura orante de la Palabra y diversos momentos de oración, e igualmente será conveniente que la comunidad universitaria se encuentre con Cristo en la persona del necesitado, que lo toque en la carne sufriente del pobre mediante campañas solidarias que inviten a compartir bienes espirituales y materiales.

La universidad católica existe para “la formación de una cultura cristianamente inspirada” (Francisco, Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, n. 4, literal a) en la que sea posible una “espiritualidad de la solidaridad global” (Francisco, Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, n. 4, literal a) surgida del descubrimiento del amor de Dios.



Referencias

- Bergoglio, J.M.(2013). *El verdadero poder es el servicio*. Editorial Claretiana,
- Camus, A. (2006). *El mito de Sísifo*. Alianza.
- Esquirol, J. M. (2006). *El respeto o la mirada atenta*. Gedisa.
- Francisco. Constitución Apostólica *Evangelii Gaudium*.
- Francisco. Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*.
- Frankl, V. (1994). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Frankl, V.. (2018). *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*. Herder.
- Frankl, V.(2021). *Psicoanálisis y existencialismo*. Fondo de Cultura Económica.
- García-Gutiérrez, J. (2015). La universidad en la sociedad en red. Entre el mercado y los derechos humanos. En: *Educación en la Universidad de hoy*. Encuentro.
- Gibran, K. . (2020). *El profeta*, Planeta.
- Juan Pablo II. Encíclica *Laborens excercens*, n. 8.
- Llano, A(2014). *La vida lograda* Planeta.
- Marías, J.(1985). *Breve tratado de la ilusión*. Alianza.
- Recio, R. (2022). *Cómo un profesor puede cambiar la vida de sus alumnos*
https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/relacion-padres-e-hijos/2012-10-25/como-un-profesor-puede-cambiar-la-vida-de-sus-alumnos_588339/
- San Benito. (2022) *Regla de los monjes*
<http://www.bibliotecadesilos.es/es/contenido/?iddoc=12>
- Spaeman, R. (2008). *Ética, política y cristianismo*. Palabra.

